

far en otras partes. No se trata para conseguir tan sagrado fin de una expedición que debiese ocupar toda la Península; bastaría que una fuerza militar proporcionada al objeto ocupase las provincias Vascongadas y Navarra, apoyada en las plazas fronterizas de las mismas que las tropas de S. M. la Reina conservarían ó partirían su guarnición con la fuerza auxiliar, de la que un tratado particular podía arreglar el modo y compensaciones.

La causa de la justicia, la causa de la humanidad, la causa de la monarquía reclaman la cooperación armada de la Francia, y los fusiles carlistas que continuamente hacen fuego sobre el puente de Behobia y á que ha tenido que contestar repetidas veces el cañon francés, reclaman el que la bandera tricolor aleje de las fronteras francesas el ruido de la guerra, lanzándola al otro lado del Ebro, para que las tropas de la Reina acaben con las fuerzas del Pretendiente y puedan frenar las pasiones revolucionarias.

Si la Francia desoye la voz de la verdad en esta ocasión, si no se asombra al ver el abismo que se halla abierto á la linde de sus fronteras, en una palabra, si no acude á la defensa del trono de la Reina doña Isabel II, la Francia en esta cuestión de *vida ó muerte* para la monarquía, á mas de los peligros que la amenazan para en adelante, queda responsable á la posteridad de todas las calamidades que van á caer sobre una nación vecina y aliada suya y de todas aquellas que corriendo el tiempo, trastornarán á la Europa entera empujándola en guerras y revoluciones, cuyo fin no verá la generación presente ni tal vez la venidera. París 8 de setiembre de 1835.

CAPITULO VI

Primer sitio de Bilbao

Vacilaciones del general Valdés.—Acuden en auxilio de la plaza Espartero, La Hera y Latre.—Herida y fallecimiento de Zumalacárregui.—Estado en que de sus resultados quedó el campo carlista.

Después de la no aceptación por don Carlos de la dimisión presentada por Zumalacárregui y que hubo este reasumido el mando superior de las armas, era la principal dificultad con que luchaba el Pretendiente la falta de recursos materiales proporcionados al aumento que había ido adquiriendo su ejército.

En la esperanza de que encontraría estos recursos apoderándose de la capital de Alava, pensó Zumalacárregui en poner sitio á Vitoria; propósito al que hubo de renunciar para conformarse con el proyecto que merecía la preferencia de don Carlos y sus cortesanos. En su ansia de encontrar dinero para sostener la guerra, el Pretendiente había acudido á cuantas simpatías en el extranjero le ofrecían probabilidades de allegar recursos. Los auxilios pecuniarios de las cortes de Cerdeña, de Rusia y de Austria, mas bien que subsidios propios de aliados que desean proteger una causa por motivos políticos, eran limosnas que personalmente enviaban los soberanos de aquellos países, como muestras de su simpatía hacia un pretendiente en desgracia. Pero por lo mismo que eran á todas luces insuficientes semejantes limitados medios, don Carlos y sus consejeros aspiraban ardientemente á llamar á las puertas de las bolsas extranjeras, verdadero Pactolo de nuestra plutónica época. Pero los hierofantes que presiden á la distribución del contenido del cuerno de abundancia patrimonio de la finanza moderna, imponían durísimas condiciones á don Carlos, siendo para este la mas difícil de llenar la exigencia de que, para que los gabinetes simpatizadores de su causa y los bolsistas consintiesen en hacer adelantos efectivos, exigían que el Pretendiente poseyese una plaza, una ciudad que estuviese seguro de conservar y á la que pudiesen ser enviados los representantes de los tres gabinetes ocultos favorecedores de la causa carlista. Y viniendo á localizar su exigencia, fijáronse los muñidores del suspirado empréstito, en que Bilbao por su importancia, por su riqueza, y como puerto de mar, fuese el punto elegido para dar testimonio de la potencia de las armas del Pretendiente.

Estas consideraciones unidas á otras de interés personal

por parte de los allegados á don Carlos, decidieron el que fuese abandonado el pensamiento de Zumalacárregui sobre Vitoria, para llevar á cabo sin dilación el sitio de Bilbao. El mismo general contra cuyo parecer había prevalecido esta última idea, fué el encargado de su ejecución, y dispúose á darla cumplimiento al frente de catorce batallones y de algunas piezas de artillería con cuyas fuerzas se presentaba el 7 de julio ante los muros de la metrópoli vizcaína. Aunque la plaza estuvo circunvalada desde el 13 de junio, no pudieron los sitiadores sacar de sus medios de ataque todo el partido de que se lisonjearon, porque dos buques de guerra ingleses anclados en la ría, mantenían libres las comunicaciones de la plaza, procurando á los sitiados cuantos recursos de boca y guerra necesitaban. En la mañana del 14 rompieron el fuego las baterías carlistas, al que contestaron con superior ventaja los bilbainos, pertrechados y provistos de mejor maestraza. Estaba destinada la invicta ciudad á ser en las largas y sangrientas contiendas civiles que han desgarrado á España en los últimos cincuenta años, la gloriosa émula de la inmortal Zaragoza, y no se necesita anticipar los hechos que caracterizaron el segundo sitio y mas tarde el tercero, para que el noble, altivo y esforzado espíritu de los bilbainos se mostrase en aquel primer sitio digno competidor, ó por mejor decir envidiable ejemplo de las virtudes cívicas, que en los sitios que debían seguir al que vamos á asistir, mostraron en heroico grado los hijos de la valerosa ciudad.

Abierta brecha por el enemigo en los parapetos del fuerte del Circo, punto importante de la línea exterior de defensa, los sitiados, entre los que ocupaban el mas distinguido puesto los urbanos, acudieron á tapar con sus cuerpos el boquete abierto por los proyectiles del enemigo, al que en alta voz provocaban á que avanzase á cruzar sus armas con las de sus compatriotas los liberales vizcaínos.

El arrojo y la impasibilidad con que Zumalacárregui sabia lanzar sus tropas al peligro cuando la victoria podía subsanar el sacrificio, en aquella ocasión, ya fuese efecto de la escasa espontaneidad con que había acometido la empresa, ya por el respeto que le inspirase el heroísmo de los bilbainos, no le movieron á dar la señal del asalto, y al siguiente día recibía la mortal herida que privó á la causa carlista del hombre, que al mismo tiempo que era la encarnación de la raza vasconavarra, constituía el mas valioso de sus elementos de triunfo.

No retrajo empero á los sitiadores en la prosecución de sus hostilidades, el no tener ya á su frente al caudillo con el que estaban acostumbrados á vencer, pues Eraso que había reemplazado al herido, continuó con vigor el bombardeo, causando sensibles daños al caserío y al vecindario. No pudo llegar en auxilio de la plaza un refuerzo compuesto del batallón de San Fernando y del provincial de Jaen, que el diligente comandante general de Guipúzcoa, Jáuregui, envió por mar á Portugalete. Los buques que trasportaban la expedición no pudieron remontar la ría por haber los carlistas imposibilitado la navegación echando á pique gabarras cargadas de piedras, cuyo impedimento motivó que tuviesen que retroceder á Portugalete las fuerzas auxiliares, y que regresar á Bilbao las que de la plaza salieron para proteger la aproximación de los dos batallones.

Durante la noche procuraban los sitiados reparar los defectos causados en las fortificaciones el día anterior y también intentaron varias salidas que no dieron resultados de importancia, habiéndose prolongado el sitio durante los días 18, 20 y 21, sin que los fuegos del enemigo causaran otros deterioros que los consiguientes á la continuación del bombardeo, que no era ya tan activo como lo fué el primero y segundo día, pero cuyos efectos no cesaban ni por un momento de contraestarse los sitiados, estableciendo baterías en todos los puntos que ofrecían probabilidad de apagar los fuegos del enemigo.

Para formar cabal idea de la desventaja con que el ejército de la Reina operaba contra el de don Carlos, baste saber que Latre se hallaba en Bureña el 22 de junio y Espartero no mucho mas distante, sin que ni uno ni otro lograsen adquirir datos seguros sobre las fuerzas que reunía el enemigo delante de Bilbao; lo que unido á las vacilaciones de Valdés que coar-

taba los impulsos de los dos valientes generales, fueron la causa de que, como iba á ser patente, el sitio no hubiese podido levantarse antes que lo fué.

Sostenía el denuedo de los bilbainos y del gobernador militar de la plaza, conde de Mirasol, la esperanza de que no tardarían en llegar fuerzas auxiliares que pusiesen término á la angustia de ver reducidos á escombros las casas, los templos y hasta el hospital de la invicta villa, sobre la que por término medio lanzaba diariamente el enemigo de quince á veinte y hasta mas de treinta bombas de á catorce pulgadas y de setenta á ochenta granadas.

La llegada de don Carlos el día 26 al campo sitiador redobló el ardor de sus secuaces, cuyos proyectiles aumentaron, cayendo aquel día en mayor número y causando nuevos y sensibles daños; pero lejos de abatirse el temple de alma de los bilbainos, las nuevas baterías por ellos construidas y dirigidas sobre los puntos vulnerables del enemigo, apagaron sensiblemente los fuegos de este.

En la madrugada del siguiente día continuó el bombardeo con mayor actividad, sintiéndose mas especialmente los disparos de los fuertes de Larrinaga y Solocoeche, pero la plaza consiguió amortiguar los de las baterías que mas daño les ocasionaban.

En honor de la venida de don Carlos, que recorrió durante todo el día las líneas sitiadoras, redoblaron estas su fuego y los estragos que ocasionaban al caserío, sin por eso debilitar el tesón de los defensores.

El día 27 reunió el conde de Mirasol al Ayuntamiento para comunicarle la intimación que acababa de recibir, la que se hallaba concebida en estos términos:

«Señor gobernador ó jefe superior de la plaza de Bilbao. Acordaos que sois español y que vuestra inútil resistencia solo sirve de instrumento á la destrucción de un pueblo rico y hermoso. No debéis ignorar que el 23 fué batida la columna gruesa que venia en socorro de la plaza y que ya exánime y sin aliento experimentó una grande deserción. Lejos de venir un segundo refuerzo lo he recibido yo de un considerable número de valientes; en fin, todo como dejo dicho, solo sirve para hacer infructuosos vuestros esfuerzos, los que únicamente ocasionarán el derramamiento de sangre española y la reducción á cenizas de uno de los mas preciosos pueblos de España. Si os convencéis de unas razones tan justas, como prueba de lo que me complace en hacer el menor número de desgracias entre españoles, puedo asegurar y prometeros que la clase de urbanos de esa villa, sea cual fuese su origen, serán tratadas las personas del mismo modo que lo han sido en Villafranca, Vergara, Eibar y otros puntos guarnecidos. Cuartel general de Bolueta 27 de junio de 1835.—Francisco Benito de Eraso.»

Antes de concurrir á casa del conde de Mirasol, los concejales de Bilbao se habían reunido privadamente y resuelto que no darian su asentimiento á ninguna clase de capitulación. Dada que les fué lectura de la comunicación de Eraso, manifestó Mirasol su deseo de conocer la opinión del Ayuntamiento, cuya voz tomó el alcalde don Juan Ramon de Arana, pronunciando las siguientes memorables palabras: *Perecer en las ruinas de la villa antes que capitular: viril respuesta que completó otro concejal añadiendo: Hoy me han arruinado tres casas; mañana me destruirán las que me restan, pero mientras circule sangre por mis venas, yo no capitulo. Sabré si sobreviviere á este sitio mantenerme entre las ruinas de mi propiedad, pero no vivir con los que destroran mi patria.*

Al oír Mirasol aquellas nobilísimas palabras, exclamó que no había esperado menos de un pueblo tan heroico y que haría presente á S. M. la acendrada lealtad de los urbanos y del pueblo de Bilbao, los que debían esperar honrosos testimonios de la gratitud con que la Reina recibiría tan insignes pruebas de adhesión al trono de su hija.

Acordóse sin embargo ganar el tiempo posible, aparentando que se negociaba, respuesta que por su parte secundó el Ayuntamiento, declarando que tenía puesta toda su confianza en el Comandante general y que se adhería á lo que este resolviese. Trasmitida la contestación de la plaza al campo ene-

migo, presentáronse en calidad de parlamentarios Zaratiegui y Arjona, los que para mayor solemnidad, fueron recibidos por el alcalde y dos regidores que los acompañaron, al alojamiento de Mirasol. Pedían los parlamentarios la rendición de la plaza ofreciendo concederle una capitulación honrosa, al mismo tiempo que aseguraban que no debían los sitiados esperar socorro alguno, hallándose Valdés cohibido por superiores fuerzas carlistas y añadiendo que Latre había sido completamente derrotado en las inmediaciones de Castrejana.

Conforme á lo anteriormente convenido con el Ayuntamiento, Mirasol propuso el envío de oficiales de la plaza, provistos de un salvoconducto del enemigo para que se cerciorasen de la exactitud de los hechos alegados por los parlamentarios, respecto al estado y situación del ejército de la Reina. Retiráronse Zaratiegui y Arjona á dar cuenta del resultado á su jefe, sin que pudiera evitarse por mas que al pueblo habían recomendado las autoridades observase circunspección y reserva, que al atravesar las calles los enviados de Eraso el público contuviese su ardor y dejase de prorrumper en vivas á la Reina y á la libertad, de lo que se mostraron aquellos ofendidos, señalándolos como demostraciones contrarias á las leyes de la guerra, en el acto de cambiarse comunicaciones entre los beligerantes.

Interesado Mirasol en calmar el bullicio salió á la calle recomendando la moderación y reconviendo á los agitadores. «Eso vivas, les dijo, se reservan para los fuertes y las aspilleras;» palabras que oídas por el jefe de la milicia, exclamó: «Los urbanos, mi general, saben dar esos vivas en las aspilleras y en todas partes, estando resueltos como estamos á morir por Isabel II y la libertad y yo con ellos á la cabeza;» á lo que entusiasmado Mirasol, replicó conmovido: «Yo tambien, señor comandante, moriré con ustedes antes que consentir en la rendición de esta plaza.»

La pasajera y tácita tregua que duró algunas horas llevó á varios urbanos hasta los puestos avanzados de los sitiadores, los que acudieron y se mezclaron con los de la plaza, tratándose unos y otros por breves momentos con la cordialidad de compatriotas y de hermanos. La última intimación de Eraso, solo concedía dos horas para la rendición, amenaza á la que contrario, con reasumir las hostilidades, amenaza á la que contestó Mirasol que podían los sitiadores *romper el fuego cuando quisieran.*

Aunque al otro día se arrojaron sobre Bilbao veintiseis bombas y cincuenta y tres granadas, se amortiguó el fuego en el siguiente día, víspera del que señaló el levantamiento del sitio.

Demos cuenta ahora de cómo se verificó la llegada del ejército libertador, retardada por mas días de los que calculaban los sitiados, y cuya tardanza hubiera consternado á otro pueblo menos decidido y menos entero que lo era el de Bilbao.

Desde Pamplona, donde se hallaba Valdés el día 12 de junio, se dirigió por Logroño y Haro á Miranda de Ebro, cuidándose menos que de la crisis por que pasaba Vizcaya en hacer evacuar el fuerte de Salvatierra, llave de las comunicaciones entre Alava y Navarra, y punto de incontestable importancia estratégica. Dispuso tambien que se mejorasen las fortificaciones de Vitoria, alarmando con ello á sus habitantes que temieron se tratase de abandonarlos, y desde el 15 de junio, día en que Valdés se avistó en Berberana con el general Latre, hasta el 25 en que entregó el mando del ejército, no cesó de expedir órdenes contradictorias á Latre y á Espartero, disponiendo movimientos que cada día variaba, y en los que constantemente prescribía que no se empeñase acción decisiva con el enemigo, dejando claramente ver en todos sus mandatos que lo mas que con respecto á Bilbao se proponía hacer, no pasaba de proyectos, de demostraciones ó amagos de marchar sobre la villa sitiada, sin otro mas decidido propósito que el de llamar la atención del enemigo, pero sin mostrar en ninguna de sus órdenes la determinación de marchar en socorro de la plaza.

De esta manera y segun resulta claramente probado por el extracto de un diario de las operaciones de aquellos días, obra de un ayudante del general Latre, diario que inserta el señor

Pirala en su *Historia de la Guerra civil*, el último de estos generales y su compañero Espartero que mandaba fuerzas, si no superiores á las de los sitiadores, en suficiente número para haber acudido en socorro de Bilbao, se vieron paralizados, y so pena de incurrir en la gran responsabilidad de cargar con las consecuencias de un encuentro, tuvieron que renunciar á su propio albedrío y mantenerse situados á no larga distancia de la plaza sitiada, pero sin emprender movimiento alguno dirigido á acudir en su auxilio.

La incontestable prueba de que la inacción en que permaneció el ejército desde el día en que Zumalacárregui se presentó delante de Bilbao hasta el 1.º de julio en que se levantó el sitio, si no fué voluntaria, fué inconcebible error de apreciación de parte del general Valdés, aparece de las siguientes líneas del ya citado diario: «El día 26 de junio al amanecer recibí Latre un oficio duplicado del general La Hera, por el que le notificaba haber tomado el mando del ejército de operaciones, y le ordenaba regresar con las divisiones al valle de Loza por los pasajes menos expuestos, encargando le diese aviso del recibo y cumplimiento de dicha orden, la que fué contestada por Latre haciendo presente que acababa de recibir dos comunicaciones firmadas del general La Hera, pero que temiendo fuesen supuestas, difería su cumplimiento haciendo en el entre tanto presente á S. E. que Bilbao contenía una guarnición numerosa, inmensa riqueza, y que su entrega era, según se decía, el plazo en que debía el Pretendiente recibir su empréstito; que nacionales y extranjeros tenían fija su mirada sobre nuestro ejército, y que si se daba el escándalo de tan inconcebible abandono, iba recaer sobre ellos la ignominia; que quedaba esperando órdenes que no pudiese dudar fuesen emanadas de S. E., y manteniendo á Bilbao y el puesto cuanto le fuese posible. El general Espartero, á quien animaban los mismos deseos que á Latre, propuso á este verse con el general La Hera y convencerle de la necesidad de venir sobre Bilbao, y á pesar del mal estado de su salud, montó el último á caballo y no paró hasta encontrarlo.

»Dirigense juntos á Portugalete el 30, y á poco de emprender la marcha, recibe La Hera por extraordinario la real orden aceptando su dimisión del mando del ejército de reserva. Dispone entonces hacer alto, reúne á los generales y jefes de brigada y les comunica reservadamente las órdenes y estar dispuesto á su cumplimiento continuando de simple voluntario, pero discutida la cuestión, acordaron por unanimidad todos los jefes que La Hera conservase el mando.

»Ya en Portugalete, se celebró una junta de generales y jefes de brigada, á los que manifestó La Hera haber sido aceptada su dimisión del mando del ejército de reserva conferido á Latre, y que se había nombrado á Córdoba jefe interino del Norte; que se veía en la obligación de entregar el mando á los dos citados generales, aunque no por eso dejaría de concurrir personalmente y como simple voluntario á las operaciones que se dispusieran. Estuvieron todos unánimes en que conservase el mando La Hera hasta la presentación de Córdoba, conciliando así el debido respeto á las órdenes del gobierno con el interés de la causa pública y la salvación de Bilbao. Latre dijo que haría dimisión de su faja en el caso de que se resolviera lo contrario, y Espartero exclamó en alta voz: *Mándese tomar las posiciones y franquear el punto de Burceña con cuatro soldados y yo, pero no se me obligue á emprender una retirada vergonzosa*. Decidióse por todos unánimemente marchar en socorro de la plaza.»

El acta de los generales que patrióticamente decidieron acudir en auxilio de Bilbao, sin órdenes terminantes del gobierno ni del general en jefe para ejecutar tan importante movimiento, es un documento de tan señalada importancia histórica que no puede menos de ser contado entre los mas señalados hechos del reinado de doña Isabel (1).

El ejército siguió su marcha sobre Bilbao, y los carlistas se retiraron á su aproximación, como lo habrían hecho mucho antes si Valdés hubiese obrado con la decisión que, menos obligado á mostrarla y cargando con mucha mayor responsa-

(1) Véase el documento núm. 1.

bilidad, adoptó La Hera y los generales que resolvieron la marcha sobre Bilbao.

La esforzada villa vió entrar el 1.º de julio en sus muros tintos con la sangre de sus valientes hijos y entre las aclamaciones de un pueblo agradecido diez y siete batallones de la Reina, á los que acompañaron ó siguieron igual ó superior número que fueron sucesivamente aproximándose á las orillas del Nervion.

Dos días despues se ponía al frente del ejército don Luis Fernandez de Córdoba, cuyo mando en calidad de general en jefe interino preparó su merecido ascenso á la propiedad de un puesto que supo realzar con su patriotismo y sus dotes militares.

Hemos visto en qué manera don Francisco Benito de Eraso, que tomó el mando del ejército al retirarse herido Zumalacárregui, condujo las operaciones del sitio, pero es curioso conocer cuán señaladamente se hizo sentir la falta del hombre de guerra desde el instante en que la autoridad que su presencia ejercía dejaba libre esfera á las intrigas y á las torpezas predominantes en la corte de don Carlos.

Sabido que hubo este príncipe que el herido debía ser reemplazado, llamó á don Rafael Maroto á quien instó fuese á dirigir el sitio, y con tanta premura quiso que partiese, que no le dió tiempo para recibir de manos del ministro de la Guerra instrucciones escritas, las que ofreció le alcanzarían en el camino; mas al llegar al cuartel general el que creía ir á ocupar el lugar de Eraso, se encontró con que el ministro de la Guerra le prevenía haber S. M. resuelto que permaneciese Maroto á las inmediatas órdenes de aquel general interin este no dejase el mando para atender á la curación de su enfermedad, según lo tenía solicitado; á lo que añadía el ministro en su comunicación á Maroto *que este debía observar las operaciones de Eraso y comunicar al Rey cuanto notase, pues se había llegado á entender que aquel mantenía inteligencias con los jefes de la plaza*.

Al mismo tiempo que la corte del Pretendiente establecía este género de espionaje entre los mas caracterizados de sus servidores, llamaba don Carlos á un tercero en discordia, que se hallaba en Bayona, al tristemente célebre don Vicente González Moreno, el ex-gobernador de Málaga, que espontánea y arteramente ofreció su persona y las tropas de su mando al general Torrijos para hacerle caer en un lazo, apoderarse de su persona por engaño y fusilarle traidoramente despues. A este mismo alevoso soldado se dió el mando en jefe del ejército sitiador, y apenas lo hubo tomado, destacó Moreno once batallones á efectuar un movimiento envolvente sobre la retaguardia del ejército que por Portugalete conducían los generales La Hera, Espartero y Latre en socorro de Bilbao; pero había calculado tan mal el ex-gobernador de Málaga las distancias y las dificultades del terreno que debían franquear sus batallones, que no solamente no llegaron á tiempo de coger entre dos fuegos al ejército liberal, sino que avanzando este sobre Eraso, á no haberse retirado precipitadamente, el general carlista hubiera experimentado una gran catástrofe.

Interin se verificaban estos sucesos, Zumalacárregui conducido en hombros de sus granaderos llegaba á Durango desde donde á instancia suya fué llevado á Cegama. Allí tuvo la debilidad de entregarse en manos de un curandero llamado *Petruquillo*, célebre en el país por casuales ó supuestas curas, pero á quien habiendo conocido Zumalacárregui de muy atrás tuvo la flaqueza de darle mayor crédito que á los experimentados cirujanos que en gran número acudieron á su asistencia.

Todos los facultativos juzgaron no ser de gravedad la herida, pronosticando que podría montar á caballo al cabo de dos ó tres semanas.

Pero era síntoma de algun cuidado el que la bala que había penetrado por cima de la rodilla derecha, no hubiese sido extraída, incomodando sobremedera al herido, que impaciente de la extracción del proyectil prestóse y aun exigió se procediese á la operación. Mas verificóse esta con tan poco acierto por *Petruquillo*, que despues de efectuada la extracción de la bala, cuando el operador satisfecho y el paciente confiado creían haber cesado el peligro, entró al herido un temblor convulsivo, infalible síntoma del próximo fin del grande hombre que tan incautamente fió su vida á manos de un vulgar curandero.

Tuvo sin embargo Zumalacárregui tiempo para disponerse á morir cristianamente, y tratándose de que hiciera testamento, la cláusula dispositiva en punto á herencia no fué otra que la siguiente: *Dejo mi mujer y tres hijas, únicos bienes que poseo; nada mas tengo que poder dejar*.

Así terminó su carrera, dice su biógrafo el general Zaratiegui, el héroe carlista á los cuarenta y seis años de edad y á los diez y nueve meses de haber comenzado su campaña. Zumalacárregui fué sepultado vestido con la mejor ropa que poseía, y como nunca se hizo uniforme de general, se le puso frac, pantalón y corbata negra, chaleco blanco y la gran banda de San Fernando, siendo esta la misma de que don Carlos con su propia mano le revistió á consecuencia de las acciones del 27 y 28 de octubre y todavía aquel adorno lo llevó á la sepultura incompleto, pues solo consistía en la banda, sin la placa ni la cruz. El funeral se celebró el 25 por los curas del pueblo, acompañando al cadáver varios parientes y amigos del difunto y sus ayudantes.

El vacío que en su partido dejaba aquel hombre extraordinario, tuvo mayor eco y fué mas exactamente apreciado por la opinión pública en Europa, que lo estuvo por la menguada corte del Pretendiente, á cuyos secuaces se quitó un gran peso de encima con la desaparición del hombre, ante cuya superioridad habían tenido que bajar la cabeza.

Segun datos recogidos por el cronista de la guerra civil, la nueva del fallecimiento de Zumalacárregui no arrancó de labios de don Carlos otras palabras que las siguientes: *¡Altos juicios de Dios! ¡son cosas que Dios hace!*

La decencia y el bien parecer arrancaron á despecho de esta frialdad, el decreto de don Carlos que figura al final del capítulo bajo el número II; por el que se nombraba Capitan general al difunto, y se concedía á su viuda el sueldo entero que á aquel correspondía como teniente general de los reales ejércitos, designándose además una pensión de dos mil reales anuales á cada una de sus tres hijas.

DOCUMENTO NUM. I

ACTA DE LA REUNION DEL 30 DE JUNIO DE 1835
EN PORTUGALETE

En la villa de Portugalete á las siete de la tarde del día 30 del corriente, se reunieron en la casa alojamiento del excelentísimo señor don José Santos de La Hera, general en jefe interino del ejército de operaciones del Norte y por orden suya los mariscales de campo don Manuel Latre y don Baldomero Espartero; los brigadieres baron del Solar de Espinosa, don Federico Bermuy, don José Clemente Buerens, baron de Meer, don Marcelino Oraá, don Santiago Mendez Vigo, don Juan Tello, don Felipe Rivero, don José María Chacon, don Manuel Gurrea y don Evaristo San Miguel; los coroneles don Froilan Mendez Vigo, don Segundo Ulibarri, don Lorenzo Cerezo y don Joaquin Ponte, todos jefes de division, de brigada y de otras varias dependencias en el referido ejército de operaciones. S. E. sometió á su deliberación dos puntos esenciales. Primero, que habiendo recibido en la mañana de aquel día su exoneración del cargo efectivo que ejercía de general en jefe del ejército de la reserva, con orden de entregar su mando al general don Manuel Latre, no podía considerarse como general interino del ejército de operaciones. Segundo, que habiendo recibido asimismo la comunicación de que el mariscal de campo don Luis Fernandez de Córdoba estaba nombrado general en jefe del referido ejército de operaciones, y muy próximo á reunirse á las tropas de su mando, tenía sobre sí una gravísima responsabilidad, cualesquiera que fuesen las operaciones que emprendiesen las tropas de la Reina acantonadas en Portugalete y acampadas en sus alrededores. Por una parte parecía estar indicado por las circunstancias y la fuerza misma de las cosas, que dichas tropas, tan superiores en número á las de sitio presentadas por los enemigos, marchasen adelante y las buscasen, consiguiendo con el levantamiento del asedio uno de los triunfos mas importantes, que sobre influir de un modo ventajoso en el crédito de nuestras armas, libraría de las angustias de su apurada situación á un pueblo rico, de un gran

peso como plaza de comercio y digno por sus esfuerzos de un socorro á tiempo por los verdaderos defensores del trono de Isabel II, y de la patria, además de lo que se debía á su valiente guarnición que tan heroicamente peleaba contra sus encarnizados enemigos. El retroceder, despues de haber adelantado hasta este punto, debía producir los efectos mas funestos, tanto en la parte física, como en la moral de las operaciones de la guerra, abatiendo el ánimo de los defensores de la Reina y confesando indirectamente de un modo vergonzoso su inferioridad con respecto á los rebeldes. Mas por otra parte, las órdenes terminantes que se habían recibido del gobierno de no aventurar empresa alguna que pudiera comprometer la suerte de las armas, y la consideración de hallarse tan próximo el general que se iba á encargar del ejército, arredraban á dicho general interino, haciéndole ver las graves consecuencias que se seguían y su terrible responsabilidad en caso de ocurrir una desgracia, que aunque no probable é inverosímil, tampoco se hallaba en la esfera de las cosas imposibles.

Dichos generales, brigadieres y coroneles, despues de haberse informado del estado de las cosas y deliberado con el detenimiento y madurez que exigía un asunto de esta trascendencia, decidieron unánimemente sobre el primer punto: Que el Excmo. Sr. don Santos de La Hera continuase mandando el ejército de operaciones del Norte, mientras no se presentase el general encargado de este mando, y, sobre el segundo, que siendo en su concepto el mayor mal que pudiera sobrevenir á la causa de la Reina y una mancha indeleble para las armas que con tanta constancia la defienden, el retroceder delante de los enemigos abandonándoles una rica población y una guarnición esforzada que con tanto tesón la defendía contra los rebeldes, se marchase á ellos desde luego según lo requirieran las circunstancias del terreno y otras consideraciones, dejando estos pormenores militares á la prudencia y tino del general, en cuyas luces y decisión tenían depositada su confianza. Y para que esta decisión tuviese el carácter de formalidad, según lo exigía la gravedad de la materia, firmaron todos su voto despues de levantada la sesión, y leída que les fué el acta de ella que les pareció exacta y en todas sus partes conforme á lo resuelto y decidido.

Portugalete 30 de junio de 1835.—Baldomero Espartero.—Manuel de Latre.—Joaquin de Ponte.—Segundo Ulibarri.—José María Chacon.—Marcelino Oraá.—Felipe Rivero.—Joaquin Tello.—Evaristo San Miguel.—Manuel Gurrea.—Froilan Mendez Vigo.—El baron del Solar de Espinosa.—Federico de Bermuy.—José de Buerens.—Lorenzo Cerezo.

DOCUMENTO NUM. II

PENSION Á LA VIUDA É HIJAS DE ZUMALACÁRREGUI

Teniendo en consideración el elevado mérito y distinguidos servicios y constante lealtad del malogrado teniente general de mis reales ejércitos don Tomás Zumalacárregui, he venido en nombrarle capitan general de los mismos y con motivo de su gloriosa muerte conceder á su viuda doña Pan-cracia Olo, el sueldo entero que le correspondía por su expresado empleo de teniente general y la pensión de 2,000 reales anuales á cada una de sus tres hijas. Todo en recompensa de las eminentes y heroicas virtudes de tan insigne y animoso caudillo. Tendreislo entendido y dispondreis su publicación y leal cumplimiento. Dado en el real palacio de Durango á 25 de junio de 1835.—Está rubricado de la real mano.

DOCUMENTO NUM. III

REAL DECRETO CONFIRIENDO GRANDEZA DE ESPAÑA Y TITULOS Á LA FAMILIA DE ZUMALACÁRREGUI

Ansiando mi paternal corazón multiplicar en favor de mis leales vasallos, muestras de gratitud y de amor, y queriendo premiar los extraordinarios esfuerzos de estas heroicas provincias, en la memoria del distinguido caudillo que con el auxilio del cielo supo confundir la revolución usurpadora, llenando de gloria á la nación entera y de asombro á toda Europa, para perpetuar su ilustre nombre, recompensar debi-